

53

HOMBRE Y MUNDO

Organo del Colegio Libre de Estudios Humanísticos



REVISTA PERUANA DE CULTURA

Año I - Arequipa - Perú - No. I

agosto - 1955

La teoría de la relatividad y el pensamiento trascendental

Por el Dr.

Miguel Angel

Rodríguez Rivas

(Texto del Discurso de Orden pronunciado por el Dr. Miguel Angel Rodríguez Rivas en la Universidad de San Agustín de Arequipa, en la actuación conmemorativa del Día de la Universidad).

Cuando un hombre, con una teoría, crea un Mundo, los hombres de ese Mundo no necesitan recordarlo, si él ya se ha ido, porque vive en todos ellos. En la concepción copernicana se formó el hombre moderno, y en la concepción einsteniana viven el hombre actual y su porvenir inmediato.

Por mandato y por imperativo personal, debo y quiero quebrantar la norma, y mirar, aunque sea oscuramente, el Universo que Einstein nos ha dejado. Acompañadme, Señores, y corregid, con vuestra mirada más penetrante y clara, mi visión nebulosa.

I

Del Mecanicismo al Dinamismo.

Tiene el pensamiento la imprescindible necesidad de pensar con referencia a modalidades consideradas como absolutas. La Teoría de la Relatividad ha encontrado una magnitud con valor idéntico para cualesquier sistema coordenado: es el intervalo, un absoluto. En virtud de estas exigencias del pensamiento, se requiere ubicar el "suceso intelectual" de la Teoría einsteniana en las coordenadas de la cultura y en su dimensión histórica.

De la misma manera que la invariación del intervalo se funda en la constancia de la velocidad de la luz en el universo histórico-cultural, el entendimiento en cuanto disposición y capacidad de pensar pensamientos siempre nuevos e intuir esencias, es igualmente invariante; ello, precisamente, nos permite conocer los cambios ocurridos en la organización categorial de la razón y en las funciones de los principios de la pensabilidad.

El estudio de los distintos modos trascendentales del conocimiento con que el hombre ha ido interpretando el mundo, para elaborar los diferentes tipos de concepciones físicas que se han sucedido, es alta tarea que corresponde a la Filosofía de la Cultura y de la Ciencia. No in-

IMPRESA PORTUGAL
Calle Santo Domingo 115
Casilla 234-Arequipa, Perú

decisión, condicionalidad y libertad. Por esto, el hombre en su más radical esencia es "partito" y es "unitas"; vida y espíritu en dialéctica disposición, persona en cuanto unidad.

Para una comprensión más completa del ser humano, necesario es, sin embargo, analizar estas tres instancias de su movimiento dialéctico; así las ideas cobran su sentido y vigencia plenos dentro de los esquemáticos marcos de la descripción estática.

El hombre, entidad psicofísica e individuo.

El hombre en cuanto vida es una entidad explicable desde su exterioridad, comprensible desde su interioridad. Mas estos dos planos, organismo y psiquismo, ontológicamente son idénticos, en cuanto son totalidades primordiales, configuraciones teleoklinas y secuencias legalmente regidas por los mismos principios de la herencia; los procesos fisiológicos y los psíquicos, sólo fenomenalmente se distinguen; en consecuencia, fisiopsicológicamente no hay diferencia esencial entre el hombre y el animal; tienen un común origen y semeiante desarrollo.

En el siglo pasado, con Haeckel, se sostenía que el hombre procedía del mono; en el siglo actual, con Westenhofer, se prueba que el mono desciende del hombre. Para Haeckel la especie humana resultaba la más reciente y evolucionada; según Westenhofer, nuestra especie, entre los mamíferos, posiblemente es la más antigua: un extraño caso de resistencia a la variación, de estancamiento biológico de la evolución orgánica.

El estudio de la dentadura del hombre permite sostener que es el más antiguo de los mamíferos, porque los instrumentos dentales del roedor, del carnívoro, del rumiante se han especializado para un régimen de alimentación determinado, mientras el órgano dental del hombre presenta todas estas diferenciaciones no desarrolladas todavía y vinculadas en una confusa unidad. La mano, el más poderoso instrumento del hombre, que junto con el cerebro ha fabricado la técnica, antes de ser una de las adquisiciones más avanzadas, consiste más bien en uno de los órganos más antiguos. Con el reptil aparece la mano con sus cinco dedos, y en tanto que en muchos vertebrados se ha modificado por apelmazamiento de los mismos o se ha convertido en casco o en garra, el hombre la ha detenido en un esfuerzo de invariación, con funciones naturalmente también indiferenciadas.

Según esto, el hombre y el mono, y sobre todo el chimpancé con el que coincide en 396 puntos, serían los primeros vertebrados terrestres. Mas si se indaga por la relación de precedencia entre el hombre y el mono, este animal resulta somáticamente más evolucionado que el hombre, por tanto, procede de él. En efecto, el hombre que posee cinco vértebras en el apéndice caudal —la mujer sólo cuatro— conserva, pues, más la cola del saurio que el orangután que sólo posee tres; y en cuanto a la colocación de los ojos, la evolución parece seguir la línea de desplazamiento desde las partes laterales de la cabeza hacia adelante, como se observa en el proceso embriológico del hombre; el antropoide, en este sentido, ha evolucionado más que el hombre ya que las cuencas oculares del primero se han acercado tanto la una a la otra que han dejado casi sin lugar al órgano olfatorio.

Más las tesis de Haeckel y de Westenhofer requieren una previa elucidación crítica del concepto de evolución, sin la cual no es posible sostener ninguna conclusión científicamente legítima. Urge, de primera intención, desechar la imagen preformista que fundamenta el concepto de evolución de estos naturalistas. La evolución ya no puede ser pensada como el desarrollo de lo que potencialmente se encuentra en el germen, el tránsito de la potencia al acto, de lo posible a lo real. Hoy, más bien, se sostiene que lo posible es posibilidad cuando lo real se efectúa; esta tesis implica sostener la evolución como un desenvolvimiento temporal que afecta a la forma no sólo de un proceso, sino de imprevisible creación. La invariación de ciertos caracteres en una especie de seres vivos con respecto a otras especies, no es causa suficiente para inferir el mayor o menor grado evolutivo de la especie en referencia: un carácter morfológico cualquiera sólo tiene sentido cuando se lo considera como integrando la morfología y funcionamiento total del individuo biológico. Ni la tesis de Haeckel ni la tesis de Westenhofer; posiblemente, y no hay todavía los elementos de juicio suficientes, el mono y el hombre, en tanto individuos biológicos, son contemporáneos.

Fisiológica y morfológicamente, la diferencia más notable entre el hombre y el simio y cualquiera otro animal superior, además del cambio postural de la columna vertebral, de la retracción de la mandíbula inferior y de la modificación de la posición de las vísceras, radica en la distribución de la energía cerebral. No hay animal más cerebralizado que el hombre; en sus 222.600 mm² de corteza cerebral, se-

Si abarcamos la totalidad de la crisis actual del hombre de Occidente, es concluso que el panorama es mucho más sombrío que el que denuncia en su época Rousseau: no nos queda siquiera la romántica salida de volver a la naturaleza, porque entre el hombre y su mundo natural, la dimensión simbólica de la cultura se ha hecho demasiado grande y nos ha condicionado en manera tan profunda y decisiva, que todo apartamiento de este universo, para el hombre, significa su desaparición. Además, ¿es posible detener el proceso de creación y de invención espiritual del hombre? Cuando la aventura de la ciencia y de la filosofía se pone en marcha, el universo, como realidad, resulta demasiado estrecho, y demasiado grande como posibilidad: En los arcanos de lo posible nos perdemos, y en esta pérdida nuestro existir real está amenazado de muerte.

Pero esta conclusión, no es una invitación a la desesperanza y a la resignación. Urge más que nunca luchar, porque la vida es lucha. Luchar denodadamente para lograr el triunfo del hombre sobre su mundo, en el sentido de renunciar a toda teodicea que postule a la cultura y su proceso histórico como medios para lograr la dicha humana; es necesario asumir definido porte heroico que nos aparte de toda contaminación hedonista y alcanzar una dignidad que nos haga vivir en nuestra más íntima autenticidad, como necesarios pero no imprescindibles, como útiles pero no irremplazables, como seres en el mundo que con sus vidas inauditamente trabajadas y cinceladas por el deber aumentan la claridad del espíritu—y luego se van definitivamente. Es nuestra única posibilidad, en cuanto personas humanas; debemos aceptarla.

No puedo concluir sin recordar la magnífica teodicea kantiana. El gran genio, desde su lejano hontanar nos alumbró el camino: el hombre está aquí fabricando su cultura y lo que ésta puede darle no es la dicha, sino la dignidad necesaria para merecerla. El fin de la cultura y de la historia no es lograr la felicidad sobre la tierra, sino alcanzar la libertad auténtica; no el dominio técnico del hombre sobre la naturaleza, sino el dominio moral de la persona sobre sí misma.

El lenguaje como Instrumento de Conocimiento

Por
ARMANDO
BARREDA
DELGADO

Podríamos, con miras a un planteamiento más sistemático de la cuestión, empezar por una descripción fenomenológica tanto del conocimiento como del lenguaje para, sobre estas bases, ver la importancia, los alcances y los límites de la función cognoscitiva del lenguaje. Empero, por razones de espacio, sólo puntualizaremos algunas ideas. A manera de introducción, destacaremos por un lado la posición intermedia del lenguaje y por otro su función más típicamente humana: la representativa o cognoscitiva.

Con motivo de nuestros dos estudiantiles trabajos titulados "PROLEGOMENOS A UNA FILOSOFIA DEL LENGUAJE" y "EL LENGUAJE COMO INSTRUMENTO DE CONOCIMIENTO" (presentados como Tesis en 1953 y 1954, respectivamente), hemos podido tomar conciencia de que el conocimiento implica no sólo un polo subjetivo: el sujeto, y otro objetivo: el objeto, sin también todo un sistema de formas y contenidos intermediarios. Es por eso que en el segundo trabajo mencionado proponíamos concebir al conocimiento —siguiendo en mucho a Hartmann, pero también yendo más allá de él—, "como una relación trascendente e irreversible de sujeto y objeto, en la que el sujeto, mediante un determinado sistema de formas simbólicas, aprehende la realidad del objeto" (pg. 137). Hartmann reconoce la mediatez del fenómeno cognoscitivo, pues junto al sujeto y al objeto coloca la imagen (l' image), pero afirma erróneamente que la palabra seguramente importa poco, "assurement le mot import peu", dice Hartmann literalmente (1). Sostenemos que la palabra importa mucho y, más aún, que junto a la palabra hay mul-

(1) — Véase su obra "LES PRINCIPES D'UNE METAPHYSIQUE DE LA CONNAISSANCE" Paris, Aubier, 1945, t. 1., pg. 89.